



RAGNAR JONASSON

LA NOCHE ETERNA



Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Ragnar Jónasson

La noche eterna

Traducción del islandés por
Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez

Título original: *Andköf*

© Ragnar Jónasson, 2013

Publicado de acuerdo con Copenhagen Literary Agency ApS, Copenhagen

© por la traducción, Kristinn R. Ólafsson y Alda Ólafsson Álvarez, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Mapa: Ólafur Valsson

Este libro se ha traducido con la ayuda de:



ICELANDIC LITERATURE CENTER

Primera edición: marzo de 2022

ISBN: 978-84-322-3978-6

Depósito legal: B. 2.921-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CAPÍTULO 1

Ásta Káradóttir nunca olvidaría aquella imagen, por más que entonces fuera sólo una niña, o a lo mejor precisamente por eso.

Se encontraba en su habitación de la buhardilla cuando ocurrió. La puerta estaba cerrada, también la ventana; y el aire del cuarto, cargado. Miraba a través del cristal, sentada en su vieja cama, que crujía cuando se daba la vuelta por las noches. Es posible, incluso probable, que algunos detalles sueltos de aquel recuerdo se formasen más adelante, compuestos por otras reminiscencias de infancia. Sin embargo, aquella imagen —aquel terrible suceso que presenció— nunca se borraría de su memoria.

No se lo contó a nadie.

Ahora había vuelto al norte tras un largo destierro.

Era ya diciembre y caía una ligera nevada, el recordatorio de que la Navidad estaba a la vuelta de la esquina. Un finísimo manto de nieve lo cubría todo. Cuando salió de Reikiavik, lloviznaba y la temperatura era agradable; con la calefacción a tope para que no se le empañara el parabrisas, el calor dentro del coche era casi insoportable.

Aun así, Ásta dejó atrás sin mayores complicaciones el centro de la ciudad, subió la cuesta de Ártúnsbrekka y puso tierra de por medio con aquella capital dejada de la mano de Dios, donde la vida era como el sexo malo: mejor que nada, pero poco más. No es que tuviera la intención de romper con todo. Sólo iba a despedirse de esa existencia rutinaria, de ese maldito apartamento en un sótano y de sus sesenta y ocho metros cuadrados de claustrofobia y oscuridad. A veces probaba a descorrer las cortinas, pero la suya era una calle muy transitada y los que pasaban por ella caían en la tentación de echar un vistazo y mirar desde ahí arriba sus idas y venidas, como si ella hubiera renunciado a todo derecho a la intimidad sólo por vivir en un sótano y tener la osadía de no correr las cortinas. No descartaba esto, aunque también podría ser que la mayoría de la gente llevase dentro a un mirón agazapado que asomaba cada vez que se presentaba la ocasión.

Y luego estaban los chicos que se traía a casa algún que otro fin de semana, cuando le daba por

ahí. Algunos insistían en dejar las luces encendidas y las cortinas abiertas y hacer el amor a la vista de todo el mundo; bueno, es un decir: la ventana del dormitorio tampoco era tan grande, así que a lo sumo cabían uno o dos espectadores a la vez, como mucho.

A sus treinta y pocos años todavía era joven, pero aunque sabía de sobra que aún estaba en la flor de la vida, se había hartado de pasar aprietos, de los trabajos temporales y los turnos de noche, de malvivir en un apartamento alquilado en el centro, unas veces del subsidio del paro; otras, de un mísero sueldo.

Para llegar a su destino había recorrido en coche, desde Reikiavik, todo el oeste de Islandia; había atravesado el alto puerto de montaña que conducía al norte, hasta la península de Skagi, y ahora se encontraba al final de su viaje al norte, en Kálfshamarsvík. Nunca pensó que regresaría, pero aquí estaba, con sus viejos secretos en la maleta. Había pasado el día entero en la carretera y cuando llegó a su destino la oscuridad de la tarde ya envolvía la punta de tierra y la cala. Se quedó un rato de pie, observando la casa. Era un edificio elegante, con semisótano, dos plantas y buhardilla. El estilo arquitectónico seguramente era más antiguo que la propia casa, la cual, sin embargo, llevaba allí décadas. Estaba toda pintada de un blanco brillante salvo el semisótano, que lucía un color gris oscuro, y la planta principal

tenía unos balcones curvados. Ásta y su hermana habían vivido en la buhardilla, junto con sus padres, durante un tiempo. La casa se había construido sin escatimar en gastos y no estaba pensada para ser una simple vivienda de campo convencional.

Había luz en las ventanas de la planta principal: las del salón, según recordaba. El tenue brillo de una lámpara alumbraba la puerta de entrada. Ésas eran las dos únicas fuentes de iluminación; aparte, claro está, del resplandor del faro en la punta. La interacción de luces y sombras mostraba una belleza difícil de definir; una luminosidad irreal en la negrura.

Ásta echó a andar hacia la casa, sin prisas, absorbiendo el aire frío del invierno y deteniéndose de tanto en tanto para alzar la vista al cielo y dejar que los copos de nieve le hiciesen cosquillas en la cara.

Al llegar a la entrada, titubeó un momento antes de llamar a la puerta.

«¿De verdad es una buena idea?»

Una brusca ráfaga de viento le hizo estremecerse de arriba abajo y echó un vistazo rápido por encima del hombro. Por un instante, los ruidosos susurros del viento le habían hecho sentirse inquieta, como si hubiera alguien a su espalda.

Miró atrás, únicamente para cerciorarse de que no era el caso.

Sólo encontró oscuridad. Estaba completamente sola, sus pisadas eran las únicas que se veían en la blancura de la nieve.

Ya era tarde para echarse atrás.

CAPÍTULO 2

—Él no hubiera querido que te alojaras aquí.
—Thóra lo dijo más para sí que para Ásta; era la segunda vez que expresaba este pensamiento en voz alta, si no la tercera.

Thóra ya andaba cerca de cumplir los setenta, pero apenas había cambiado en el último cuarto de siglo: había envejecido, sí, aunque seguía con el mismo gesto inexpresivo, la misma mirada ausente y el mismo tono de voz cansino y gruñón.

Su hermano Óskar estaba sentado al piano al fondo del salón, tocando en sordina la misma melodía una y otra vez. Nunca había sido muy hablador; solía beberse el café a toda prisa para volver al piano.

Thóra había intentado recibir a Ásta con su mejor cara. Ambas habían hecho un sincero esfuerzo por recordar viejos tiempos, pero había demasiada diferencia de edad entre ambas como

para compartir muchos recuerdos. La última vez que se vieron, Ásta tenía siete años y Thóra rondaba los cuarenta. Lo que sí tenían en común era que ambas se acordaban del padre de Ásta; de ahí que, como es lógico, parte de la conversación girase en torno a él.

—Él no lo hubiera querido —repitió Thóra.

Ásta se limitó a asentir con la cabeza, desplegando una sonrisa de cortesía.

—No merece la pena discutirlo —contestó al fin—. Está muerto y Reynir me ofreció alojarme aquí.

Se dejó en el tintero que la iniciativa no había partido de Reynir; más bien había sido ella quien se puso en contacto con él y le preguntó si podía ir a la casa y quedarse unos días.

—Yo sólo digo lo que hay —replicó Thóra.

Óskar seguía tocando la misma melodía, sin demasiada habilidad, aunque sin provocar vergüenza ajena, rellenando así los embarazosos silencios en la conversación.

—¿Reynir vive aquí todo el año? —preguntó Ásta, aun cuando creía saber la respuesta.

Reynir Ákason llevaba años en el candelero mediático, aunque su única hazaña consistía en ser hijo —y futuro heredero— de su padre, un acaudalado empresario. Había leído algunas entrevistas suyas en las que aseguraba que, durante sus visitas a Islandia, no cambiaría el campo por ningún otro sitio.

—La mayor parte —respondió Thóra—, aunque esto a lo mejor cambia ahora que el viejo ha fallecido. Lo habrás visto en los periódicos; hace ya quince días o así. —Bajó la voz en aparente señal de respeto por el finado, pero era obvio que fingía—: Óskar y yo íbamos a viajar al sur, al entierro, pero Reynir dijo que no era necesario. La catedral de Reikiavik es muy pequeña, de todos modos, y apenas conocíamos al viejo: venía poco. No se parecían mucho, padre e hijo. —Hizo una breve pausa antes de continuar—: Tiene que suponer mucho trabajo hacerse cargo de todo ese negocio, un sinfín de inversiones. No entiendo cómo se las arregla Reynir. Es muy listo, el chico.

«El chico», se quedó pensando Ásta.

Es probable que él tuviera unos veintipocos la última vez que se vieron, aunque a ojos de una niña de siete años parecía todo un adulto. Listo, sí, con aires de hombre de mundo y de aventurero. Aficionado empedernido a la vela. A todas luces, fascinado por el mar, igual que Ásta.

—El chico —repitió en voz alta—. ¿Cuántos años tiene?

—Yo diría que se va acercando a los cincuenta, aunque él nunca lo admitiría. —Thóra intentó sonreír, pero se quedó a medio camino.

—¿Aún vive en el sótano?

La distraída pregunta atravesó como un vendaval el salón. Thóra se puso rígida y guardó silencio. Por suerte, igual que antes, Óskar continuó tocando.

Ásta lo observó un instante: estaba de espaldas a Thóra y a ella, sentado en el taburete del piano y encorvado sobre el teclado. Todo en él transmitía cansancio. Llevaba puestos unos pantalones de pana marrones y el mismo jersey azul marino de cuello vuelto que en los viejos tiempos; al menos uno muy parecido.

—Ahí nos hemos instalado Óskar y yo —dijo Thóra, intentando en vano que la respuesta sonara despreocupada.

—¿Óskar y tú? —se sorprendió Ásta—. ¿No es demasiado pequeño para los dos?

—Supone cierto cambio, pero así es la vida. Reynir se va a mudar aquí, a la planta principal, y a fin de cuentas la casa es suya.

Se quedó callada un rato.

—Damos gracias por poder seguir aquí. Uno les coge cariño a estas tierras, a pesar de todo —intercaló Óskar sin previo aviso, al tiempo que se giraba y clavaba la mirada en Ásta; tenía el rostro marcado por las arrugas y las manos huesudas. Ella supo que lo decía de corazón.

—Había dado por hecho que seguiríais teniendo habitaciones aquí, en la propia vivienda, ya que me habéis recibido en el salón —dijo Ásta, un tanto violenta, aunque la incomodidad de los hermanos le resultaba graciosa.

—No, no. Por supuesto, usamos esta planta cuando comemos los tres juntos o recibimos invitados. El salón de abajo es bastante oscuro y

no resulta adecuado para las visitas. —Thóra sonrió.

—Me hago una idea —contestó Ásta por propia experiencia, rememorando el salón sombrío de su apartamento del sótano.

—De todos modos, he intentado hacerlo más acogedor de lo que era —dijo Thóra, en tono de disculpa.

Óskar se había dado la vuelta hacia el piano de nuevo y tocaba la misma canción de antes.

Ásta miró alrededor. El salón apenas había cambiado, aunque no había duda de que parecía más pequeño que antaño. Hasta donde podía apreciar, los antiguos muebles seguían en su sitio y le llegaba a la nariz un aroma conocido, un olor que creaba esa sensación de ambiente inescrutable que impregnaba la casa. Es increíble cómo el olfato logra sacar a la luz recuerdos olvidados hace mucho tiempo. El hermoso mobiliario, en cambio, era para Ásta un recordatorio un tanto incisivo de lo ordinario y deprimente que resultaba su propio apartamento: muebles dispares, un sofá raído, una mesa de salón que había conseguido casi regalada (y no sin razón) en un anuncio por palabras en internet, además de unos viejos taburetes de color amarillo chillón que habían pasado de moda hacía mucho.

—Tú te quedarás en tu antigua habitación en la buhardilla, claro —dijo Thóra a media voz.

—¿Ah, sí? —se asombró Ásta. Este detalle no había salido en su conversación con Reynir.

—Sí, salvo que prefieras no hacerlo... En ese caso, podemos arreglarlo de otra forma —continuó Thóra, un poco apurada—. Reynir supuso que querías dormir allí. En los últimos años se ha convertido en una especie de trastero, pero llevaremos las cajas y los trastos al cuarto... —Apartó la mirada con rapidez, titubeó y luego dijo—: Al cuarto de tu hermana.

—Estaré bien —contestó Ásta, decidida—. No te preocupes.

La verdad es que ni siquiera se había parado a pensar en la posibilidad de que pudiera o tuviera que dormir en su antigua habitación. Probablemente habría preferido alojarse en cualquier otro sitio, pero pedirlo sería una muestra de debilidad.

—Y no me tengas en cuenta eso que he dicho antes de que tu padre no hubiese querido que volvieras aquí, hija —dijo Thóra en un tono inusualmente cariñoso—. Siempre eres bienvenida, por supuesto.

«Qué generoso por tu parte, considerando que ni siquiera es tu casa», le habría gustado espetar a Ásta, aunque se mordió la lengua. En su lugar preguntó, de un modo un tanto brusco:

—Entonces ¿de qué os encargáis, ahora?

—Más o menos de lo de siempre..., de cuidar de la casa. Ya no hay tanto que hacer como antes y nosotros tampoco somos tan jóvenes. Óskar es una especie de guardés, como en los viejos tiempos. ¿Verdad, Óskar, querido?

Él se levantó del piano y se acercó a ellas, ayudándose de un bastón.

—Sí, supongo que sí —masculló.

—Ya no puede con trabajos duros, como ves —dijo Thóra, echando una mirada al bastón. Óskar se sentó a su lado en el sofá, pero guardó cierta distancia—. Se fastidió la rodilla al ponerse a trepar por aquellas malditas rocas.

—Antes o después acabará curándose —murmuró él.

Ásta los escrutó de cerca, prestando sólo un oído al cacareo de Thóra. El paso del tiempo había hecho estragos; los hermanos tenían un aspecto más envejecido y cansado de lo que había supuesto. Prácticamente rendidos, le pareció.

—También se ocupa del faro, en la medida en que la rodilla se lo permite. Sustituyó a tu padre.

Ásta se sintió sobrepasada por un sentimiento de inquietud. Le ocurría a veces; inspiró hondo y cerró los ojos para tratar de acompasar la respiración.

—¿Estás cansada, hijita? —preguntó Thóra.

Ásta se sobresaltó.

—No, para nada.

—¿Quieres que te prepare algo de comer? También me ocupo de cocinar para Reynir cuando está aquí. Lo podría hacer él mismo sin problema, claro, pero una intenta poner su granito de arena. En realidad, ya casi no nos necesita; podría dejarnos a la buena de Dios, si quisiera. —Sonrió—. Bueno, es un decir.

—Gracias —dijo Ásta, algo más repuesta—. Me he comido un sándwich por el camino. Con eso tiro.

En ese momento alguien llamó con fuerza a la puerta y Ásta dio un respingo. Los hermanos ni se inmutaron.

—Creía que Reynir no llegaba hasta mañana por la noche —dijo la joven.

—Él no acostumbra a llamar —murmuró Óskar.

—Seguramente es Arnór. —Thóra se puso en pie mientras su hermano se quedaba quieto y con la mirada perdida; se sujetaba una rodilla, probablemente la lesionada, con cierto aire de disculpa.

—¿Te acuerdas de Arnór? —preguntó él por lo bajo.

Ásta sonrió afable al viejo, porque así lo veía, a pesar de saber que ni siquiera habría cumplido los setenta. Sólo que aparentaba más edad, desaparecida de sus ojos esa chispa de vitalidad de antaño. Siempre le había caído bien Óskar. Había sido bueno con ella, y los días que cenaban pescado solía subir a verla antes de que ella se durmiera y le llevaba un vaso de leche y galletas, porque sabía que, pese a la cercanía del mar —o quizá precisamente por ella—, la pequeña Ásta nunca había tenido estómago para el pescado: todavía se acordaba de las náuseas que la invadían cuando lo ponían en la mesa.

—Gracias —respondió de improviso, aunque

la única intención era decir que sí, que claro que se acordaba de Arnór.

—¿Gracias? —se sorprendió Óskar, todavía sujetándose la rodilla, al tiempo que se inclinaba un poco hacia ella, como si no la hubiese oído bien y quisiera evitar que se repitiera.

Ásta notó que se ponía colorada, algo que era raro en ella.

—Perdona, es que estaba pensando, ya sabes, en los viejos tiempos. Cuando me subías galletas y leche... Pero sí, sí que me acuerdo de Arnór.

Aquel chico era hijo de Heidar, de una granja vecina. Probablemente ahora tenía de «chico» tanto como el propio Reynir, aunque debía de ser unos diez años más joven que él. Lo visualizó de inmediato: unos pocos años mayor que ella, bastante alto para su edad pero un poco regordete, retraído y algo patoso. Las dos hermanas andaban a menudo a su alrededor, aunque él jamás jugaba con ellas. Tal vez le daba vergüenza jugar con los más pequeños y, en especial, con niñas; o a lo mejor sólo era tímido.

Creyó notar un atisbo de brillo en los ojos de Óskar. Él la miró con cariño y enseguida bajó la vista de nuevo.

—Así que te acuerdas, ¿eh? Lo hacía encantado, vaya que sí. —Luego añadió—: Y es un gusto ver que las cosas te han ido tan bien.

Ella sonrió por pura cortesía. «¿Que me han ido bien?», pensó, porque le costaba estar de

acuerdo. Saltaba a la vista que él no tenía ni idea de la existencia rutinaria que la aguardaba en aquel piso de mala muerte de Reikiavik, la eterna lucha por salir del atolladero y hacer algo de provecho. Algunas noches se sentía tan mal, tumbada en el sofá, con la mirada hundida en la oscuridad al otro lado de la ventana —viendo a la gente pasar a toda prisa, la vida pasar a toda prisa— que literalmente le entraban ganas de escaparse de su propio apartamento como si fuese una prisionera, romper la ventana y arrastrarse fuera a gatas, llena de arañazos y sangre por las esquirlas del cristal. Al menos así sentiría algo, y eso sería mejor que no sentir nada.

—¿Sigue viviendo en el mismo sitio? —preguntó. Llegaba hasta ella el murmullo de la conversación de Thóra con el visitante en el vestíbulo.

—Sí, ya lo creo. Se hizo cargo de la granja al morir su padre hace algunos años, mucho antes de lo que cabía esperar, el pobre hombre. Arnór se ocupa de los caballos de Reynir y también nos ayuda un montón aquí, sobre todo con el faro. Se supone que yo soy el farero, pero, como puedes imaginar, ya no estoy para subir por la escalera. Es un buen chaval —dijo Óskar, poniendo énfasis en las últimas palabras.

Ásta miró atrás al oír que Thóra y Arnór entraban en el salón. Ante sus ojos apareció un joven alto y delgado. Jamás lo habría reconocido por la calle, pero ahora que sabía quién era, vislumbró

unos rasgos que le resultaban familiares detrás de su brillante sonrisa. Por lo demás, había cambiado por completo: se había convertido en un hombre atractivo, costaba conciliar esa nueva imagen con sus recuerdos de aquel chico torpe.

—Ásta —dijo con voz firme, como si se hubiesen visto por última vez el día anterior en la punta: él, callado y titubeante; las dos hermanas, corriendo alrededor del faro como si les fuera la vida en ello—. Me alegro de verte.

Ella avanzó unos pasos hacia él y le tendió la mano, pero él se adelantó y la envolvió en un afectuoso abrazo. El apretón resultó bastante enérgico y, sin embargo, tan suave que ella respondió de forma instintiva, atrayéndolo hacia sí, para luego apartarse, vacilante.

—Sí, yo también me alegro —contestó en un susurro, antes de esbozar una sonrisa tímida.

Al contrario que ella, Arnór no se mostraba para nada apurado, ahí de pie inmóvil, observándola fijamente, mientras ella titubeaba sin saber adónde mirar.

Se le pasó por la cabeza mencionar a su padre fallecido y darle el pésame, pero decidió no hacerlo. Ni siquiera sabía cuándo o cómo había muerto Heidar y habría sonado poco sincero; además, su propio padre también había muerto desde la última vez que vio a Arnór. A lo mejor, estas dos muertes se anulaban la una a la otra y hacían innecesario mencionarlas.

El recién llegado echó una mirada rápida a Óskar.

—He traído las herramientas. ¿Vamos a echar un vistazo a esa ventana del faro? Mejor no retrasarlo.

—Ayer hubo tormenta y se rompió una ventana —explicó Óskar a Ásta, para luego dirigirse a Arnór—: Sí, por supuesto, aunque no seré de mucha ayuda.

—Vente de todos modos; necesito poder consultarte —dijo Arnór a Óskar, con tanta delicadeza que casi logró convencer a Ásta de que hablaba en serio, aunque estaba segura de que sólo pretendía reconfortarlo.

Los dos hombres se despidieron, y Ásta y Thóra se quedaron de pie un rato en el salón, en un embarazoso y agobiante silencio.

—Creo que me voy a la cama —dijo Ásta finalmente, conforme echaba mano a su maleta.

—Muy bien. La escalera que lleva a la buhardilla está...

Ásta la interrumpió, en tono grave:

—Conozco el camino.